

15 de Diciembre de 1908. Año V. N.° 120.

Redacción y Administración: Calle de San Mateo, 11 dup.°, entr.° Apartado en Correos n.° 445.

ADVERTENCIA IMPORTANTE

MUSEO CRIMINAL entra en el sexto año de su vida con Empresa nueva. Esta, al adquirir la propiedad de la Revista, se propone dotarla de todos aquellos elementos que caracterizan á una publicación de su índole.

MUSEO CRIMINAL, como su nombre indica, constituirá una galería donde se registren los asuntos más sensacionales del mundo, ilustrados con grabados tan notables como los de las mejores publicaciones.

En lo sucesivo, se publicará los días 15 y último de cada mes. Los números constarán de 24 páginas. Ocho serán de gran tamaño dedicadas á la relación de los emocionantes sucesos y á la publicación de los hermosos grabados que daremos. Las otras 16 páginas, en tamaño 8.°, se dedicarán á la publicación de las novelas más sugestivas y extraordinarias que han producido los mejores ingenios del mundo.

Además, por si esto no fuera bastante para hacer de nuestra Revista una publicación sin rival en su género, **MUSEO CRIMINAL** obsequiará á los suscriptores con espléndidos regalos, dos veces todos los meses.

Con los sorteos de la Lotería Nacional correspondientes á los días 20 y 30 de cada mes, repartirá los siguientes regalos:

50 PESETAS al poseedor del número igual al del premio mayor del sorteo de la Lotería Nacional.

25 PESETAS al que tenga el número igual al del premio segundo.

10 PESETAS al que posea el número igual al del premio tercero, y **UNA NOVELA** encuadernada para cada uno de los que tengan números iguales á los premios mayores que siguen en importancia á los tres mencionados. Estas novelas serán diferentes á las que publiquemos en nuestra biblioteca.

Teniendo en cuenta que el número de premios de cada sorteo es el de veinte, resulta que la Empresa de **MUSEO CRIMINAL** obsequiará al año á sus suscriptores con más de

500 PREMIOS, que representan un valor mayor de 3.000 PESETAS

Deseosa la nueva Empresa de **MUSEO CRIMINAL** de que sus sorteos se celebren con toda legalidad y ofrezcan la mayor garantía posible, los verificará en la forma siguiente:

Cada suscriptor recibirá un vale con **cinco números**, que son los que tiene asignados aquel suscriptor para todos los sorteos.

La Administración de **MUSEO CRIMINAL** llevará un registro de los números que hayan correspondido á cada suscriptor, y por ello, en cuanto se celebre un sorteo sabe quiénes son los favorecidos, y sin que aquellos señores tengan que molestarse en escribir ni enviar aviso alguno, les remitirá por correo, certificado, el premio que les haya correspondido.

El envío de las cantidades metálicas se hará por libranza del Giro mutuo, valores declarados ó sobres monederos.

Como garantía de la verdad con que cumpliremos nuestros ofrecimientos, en todos los números de nuestra Revista daremos cuenta del resultado de cada sorteo, mencionando los nombres de los agraciados y el lugar de su residencia, pudiendo el suscriptor que así lo desee, escribir á cualquiera de los agraciados para saber si le hemos enviado ó no el regalo ofrecido.

No obstante las mejoras que hemos introducido, el precio de suscripción será de

Una peseta al trimestre.

Las reformas mencionadas serán á partir desde el próximo mes de enero. Habiendo variado la fecha de publicación de los números, el próximo no se publicará hasta el 15 de enero.

Los actuales suscriptores recibirán el vale con los cinco números en los primeros días de enero.

Si el día 10 de dicho mes no estuviera el referido vale en su poder, les rogamos nos lo avisen, para enviarles un duplicado con los mismos números, pues el primero hubrá sufrido extravío.

El misterio de un crimen

(Conclusión.)

CAPÍTULO IV

Lo que separa un techo.

M. Frush estaba, como he dicho, disgustado por tener que marcharse .., pero no podía abandonar el negocio que había de producirle pingües ganancias, y esperaba que su amiga lo reconocería así.

De pronto, sonriente, con un sencillo traje, entró Luciana, interrumpiendo el sueño de M. Frush.

—Buenos días, querido.

El se levantó, corrió hacia ella y la cubrió de besos y caricias.

—¡Mi querida *Lu!* ¡Pensaba en ti y era feliz!

—Entonces, ¿no lo eres ahora?

—No, porque me veo precisado á dejarte.

—¡Ah! ¿Y por qué?—dijo ella, mostrándose sorprendida.

—No es por mucho tiempo.

El entonces explicó lo que pasaba, y la consoló como si fuera un niño, prometiendo que le llevaría un regalito de Tours.

La comida, rociada de *champagne*, que M. Frush había hecho preparar, fué muy alegre.

Luciana se había quitado el vestido y se había colocado un amplio peinador adornado con encajes.

—Quédate—dijo ella—; mañana tendrás tiempo de hacer el negocio. No me dejes aquí sola.

—¡Miedosa!

—¡Sí, sí, tengo miedo!

—Sé razonable.

—No...

—Las horas pasan pronto.

—No quiero que te marches.

—No puedo perder el negocio que se me presenta.

—¡Ah! yo...

—Veamos, mi querida *Lu*.

—Yo...

—María puede acostarse aquí.

Ella entonces se echó á reir.

—Entonces, crees que tengo miedo.

—No... sí...

—¡No seas tonto!

—Te dejo el revólver, y ten cuidado con él, porque está cargado.

—Sabré servirme bien de él si es preciso ó tengo necesidad.

—Necesidad que no llegará, ciertamente. Ahora hay vecinos en el piso de arriba.

—¿Desde cuándo?

—Ayer han traído un mobiliario provisional en un carro de mano.

—No será muy suntuoso. ¿Y quiénes son?

—Tienen una agencia.

—¿De qué?

—Lo ignoro. La portera me ha dicho que los nuevos inquilinos esperan muebles, mesas de despacho, estantes y no sé cuantas cosas más.

—Sí, sí, bueno; pero.., márchate y vuelve pronto, por que voy á estar muy triste mientras no te vea.

Se abrazaron, y cuando salió Frush, dos hombres hablaban con la portera.

El joyero pasó deprisa, sin apercibirse del codazo que uno de los individuos había dado al otro.

Cuando el coche que conducía á Frush arrancó, los dos sujetos cambiaron una mirada.

El que vestía mejor sacó un luis del bolsillo, que entregó á la portera. Esta generosidad puso término á la conversación.

Subieron la escalera disimulando su contento y entraron en su piso hablando en voz baja:

—El despacho... ha surtido efecto.

—Así trabajaremos con más tranquilidad.

—Es preciso hacerlo pronto; mañana debemos estar en Bruselas.

—Es verdad.

Encendieron una lamparilla que había sobre una mesa, único mobiliario de la habitación y procedieron á hacerse una *toilette* en toda regla.

Las barbas y las pelucas desaparecieron. El abrigo y pantalón negros de uno de ellos fueron sustituídos por un vestido verdoso. El otro se colocó un traje de ciclista.

Una cerilla prendió fuego á las astillas preparadas en la chimenea, y las ropas que se habían quitado, cortadas á trozos fueron pasto de las llamas.

—Bueno; ahora coge las herramientas, Isidoro.

—¿Estás seguro del lugar en que se encuentra el despacho?

—Sí, date prisa. Vamos.

Isidoro sacó de un cajón de la mesa un envoltorio de útiles de acero, muy finos, verdaderas maravillas, con los que se puso á atacar el piso.

El punto donde se puso á trabajar estaba ya marcado de antemano.

—Nada de ruido ¿eh?

—No hay cuidado.

....

Al cabo de tres cuartos de hora había una abertura suficiente para el paso de un hombre.

Con una destreza admirable, Isidoro había ido recogiendo los materiales para que no cayesen al piso inmediato.

Terminada la operación, sujetó fuertemente una escala de seda que llevaba en un bolsillo, y sin hacer ruído, provisto cada uno de una linterna eléctrica, descendieron con agilidad.

Acostumbrados al robo, en un abrir y cerrar de ojos hicieron balance sobre lo que encerraban las vitrinas y las descerrajaron.

—¡Silencio!—dijo de pronto Isidoro.

—¿Qué?

—¡Cállate! Hay gente en la habitación de al lado.

—¡Estás loco!

—¡No! Escucha.

Conteniendo la respiración, los dos ladrones se pusieron á escuchar.

Evidentemente, alguien había en la habitación próxima: se sentía los pasos amortiguados por la alfombra.

Isidoro sacó rápidamente su navaja y la abrió.

El *Viejo Jacobo* imitó á su compañero y murmuró muy bajo:

—Si hay alguien y se interpone, tanto peor.

Abrió la puerta de pronto, y en la de enfrente, que era de una alcoba, apareció una mujer en peinador, con los cabellos sueltos y con un revólver en la mano.

El *Viejo Jacobo*, dispuesto á herir, se lanzó hacia la mujer.

Esta extendió el brazo: iba á disparar.

Pero de pronto, el hombre y la mujer se quedaron paralizados.

Dos nombres pronunciados sordamente se cruzaron:

—¡Luciana!

—¡Heraine!

El matrimonio estaba frente á frente.

CAPÍTULO V

¡A muerte!

Después de la marcha de M. Frush, Luciana había mirado si las cerraduras funcionaban bien.

Después se retiró á la alcoba, testigo de sus amores con el joyero; pero no podía dormirse y volvió á encender la luz para leer un poco.

En la mesa de noche había un volumen lujosamente encuadernado.

En la parte superior de la pasta se leía:

Á LUCIANA

Y en caracteres más gruesos, en medio:

INTIMIDADES

Era un tomo de poesías escritas por M. Frush expresamente para ella.

Dos únicos ejemplares, uno para ella y otro para él, se habían impreso.

El poeta no se hacía ilusiones; pero si las estrofas no eran precisamente correctas, en cambio eran inspiradas.

Luciana las leía con gusto. Su belleza, su bondad, todos los incidentes de sus amores estaban consignados en el libro.

De pronto la lectora se estremeció: acababa de sentir un ligero ruido en la habitación próxima. Entonces se puso á escuchar.

El ruido no volvió repetirse, pero Luciana tenía miedo.

Al poco rato le pareció percibir voces de dos hombres.

Alucinación, sin duda. ¿Qué tenía que temer? La puerta del piso estaba cerrada sólidamente.

Otro nuevo ruido, más perceptible ahora, la hizo estremecer.

Se levantó y aplicó el oído á la puerta: no había duda, alguien estaba en la habitación próxima.

Resuelta, enérgica ante el peligro, Luciana volvió al dormitorio y cogió el revólver que estaba en la mesa de noche, y al ir al gabinete para abrir la puerta, se abrió ésta...

El hombre que estaba ante ella pronunciaba su nombre:

—¡Luciana!

El ladrón, el siniestro bandido armado de un cuchillo, era Jacobo Heraine: ¡su marido!

Cuatro años hacía que llevaba una existencia aislada, de la que había salido gracias á Frush. No estimaba á Jacobo, pero le perdonaba su abandono... y se sentía indulgente hacia el padre de su hijo.

¡Y robaba! ¡Sería quizá un asesino!

En los periódicos había leído los robos de un misterioso bandido á quien la Policía no podía detener; cuatro hombres muertos por él ó por algún compañero de crimen, atestiguaban la audacia de los malhechores y cómo se cebaban en los que intentaban estorbarles en su camino.

Recientemente, había notado Luciana una erosión en una muñeca de Jacobo.

¡Oh, no, no podía ser él! Rehusaba creer tal cosa.

Pero ahora no podía dudar. Estaba frente á ella con una navaja... y por la puerta veía la anaquelería abierta.

Y con voz firme, y adelantándose mientras retrocedía el bandido, exclamaba:

—¡Tú! ¡tú!

Colocó la luz en la mesa de Frush y dejó caer el revólver.

—¡Oh!, Jacobo, ¡caído tan bajo!

El, ante lo inesperado del hecho, no acertaba á pronunciar una sola palabra.

Pero pronto recuperó la acción, y cambiando de actitud, preguntó:

—¿Qué haces aquí?

Esta pregunta fué como un fustazo para Luciana.

¿El miserable se atrevía á preguntarle?

Le sorprendía infraganti y se erigía en juez...

Ella se encogió de hombros.

—¿Qué te importa?

—Quiero saber...

—¡Ah! quieres...

—Sí. *Exijo.*

—¿Soy yo quizás la que debo implorar perdón?

El repitió la pregunta imperiosamente:

—¿Qué haces aquí?

Ella se colocó delante de él, y mirándole fijamente:

—Estoy en casa del hombre á quien amo y del que soy amada.

Furioso, replicó él:

—¡Un amante! Tú...

—¿No tengo derecho á tener corazón? Es verdad, soy la mujer, la esposa de un criminal, de un malvado.

El pronunció una injuria en voz baja.

Ella respondió:

—¡Bandido!

Después, recogió el revólver del suelo, y adelantándose, repitió:

—Sí, bandido... no eres más que un bandido...

La escena, cuyas frases se iban sucediendo rápidamente unas á otras, tenía un espectador: ¡era Isidoro!

El cómplice de Heraine había dado la vuelta por el pasillo, abierto la puerta de la alcoba y quedado sorprendido al escuchar las primeras palabras de la conversación.

—¡Ah, diablo! ¡Su mujer!

¿Debía presentarse? ¿Herir á Luciana, que le presentaba la espalda?

Indeciso, esperaba, estrechando nerviosamente el mango de la navaja.

Jacobo y Luciana se miraban fijamente.

Sosteniendo á su marido por la amenaza del revólver, resuelta por la injuriosa palabra que le había lanzado Jacobo, hablaba denotando la cólera en la voz.

—Escucha, por ser quien eres, debía matarte como á un perro. ¡Pero eres el padre de mi hijo! No quiero que lleve otra mancha más. Vete, voy á abrir la puerta... márchate al extranjero... quédate allí algún tiempo... te enviaré dinero...

Como él hiciese un gesto repulsivo, añadió:

—Mi amigo es rico y generoso. Este dinero vale más, mucho más que el que tú ganabas. Es por mi hijo únicamente por lo que hago esto; ¿no has pensado en él?

—Sí... en el caso en que yo hubiese sido detenido, nadie habría sabido mi nombre. Se hubiese condenado ó matado á un desconocido.

—Bien—dijo Luciana—; vas á obedecerme.

Ella corrió hacia la puerta y descorrió el cerrojo.

Después, ella se dirigió de nuevo á él, le tomó por el brazo, y con un vigor que no hubiera podido suponerse en una mujer, le hizo andar delante de ella.

—Parte... pronto... yo sola sabré quién eres... Más adelante nos veremos, si es que debo perdo...

No terminó.

Isidoro había avanzado con el cuchillo en la mano.

Antes de que Jacobo hubiese intentado la menor cosa, Luciana recibía una tremenda puñalada en la espalda, junto al cuello, y cayó al suelo sin pronunciar ni una palabra.

Heraine se volvió hacia su cómplice.

—Vamos...—murmuró Isidoro—; terminemos, que ya es tiempo.

—¡Has matado á mi mujer!

—Ella nos hubiese denunciado.

Pero Heraine le había cogido por el cuello y tirado al suelo, estrujándole con rabia.

Su cuerpo tuvo dos ó tres sacudidas, sus ojos se inyectaron en sangre, la lengua salió de la boca... estaba muerto.

Heraine, lívido, se levantó, cerró la puerta de la habitación de donde había salido su mujer y se arrodilló delante del inanimado cuerpo de ésta.

Delante de la que había amado, delante de la que podía haber llevado una existencia honrada, delante de su mujer, muerta por su culpa, sintiendo entonces que los remordimientos empezaban á apretarle...

—¡Muerta! ¡muerta!—murmuraba.

Sin fijarse en la sangre, que le llenaba el brazo, le levantó la cabeza.

Su hijo ya no tendría madre.

—Luciana... escúchame... óyeme... yo me marcharé... tú lo verás... no volveré más... Luciana... por nuestro hijo... no quiero que te mueras... no... no...

Cuando se levantó, tenía ojos de demente.

—¡Socorro! ¡socorro!—murmuró.

. . . .

Unos instantes después de esto, llegaban Leste y Fort.

CAPITULO VI

El castillo de Thomey.

M. Frush quedó sorprendido.

El conde de Belmain no le había enviado ningún telegrama.

Vagamente inquieto, el joyero regresó á París en el primer tren.

Al llegar, fué grande la emoción que experimentó por el drama desarrollado en su ausencia. Pero, por no comprometer á su amiga, no dió una filiación verdadera, ni habló lo que sabía de su vida.

Cuando pudo verla, Luciana agonizaba. Quiso hablarle á solas, pero no pudo pronunciar una palabra. Entonces hizo señas de que deseaba escribir... Frush la incorporó y la sostuvo mientras con mano débil trazó algunas palabras:

—Es Jacobo... mi marido .. no es él quien me ha matado... Díme...

El le habló de la locura de Heraine .. podía morir tranquila por este lado y su hijo no llevaría un nombre indigno... El, Frush, se encargaría de educar al niño.

Ella expiró sonriéndole, dichosa de que fuese él quien le cerrase los ojos...

***

Algunos días más tarde, el joyero escribía desde Berlín al propietario de Mendon, bajo el nombre de Heraine: enviaba dinero y pedía que vendiese el mobiliario.

En el país se cree que Jacobo y su mujer viven en el extranjero, donde Heraine ha encontrado colocación.

Manuel María Rolo.

Recuerdos contemporáneos

Estas noticias, como son de ayer, no tienen otro mérito que la veracidad y solo el encanto de lo vivido, de lo sentido; yo me limito á relatar sucesos en los que tuve parte, en los que fuí actor y, por lo tanto, doy detalles íntimos de algún interés.

Los diferentes turnos de servicio que se llevan en un Cuerpo hicieron que tuviera una intervención muy directa en el último conato de sublevación militar, capitaneada por el general Villacampa.

La noche del movimiento, fracasado á las pocas horas de nacer, me encontraba de retén en la calle de Serrano, cuartel de la Comandancia del Norte, y la primera noticia del movimiento la tuvimos el oficial de guardia y yo, comunicada personalmente por el Ministro de la Gobernación, D. Venancio González, que vivía en una casa próxima al cuartel.

Si mi memoria no me es infiel, estaba de guardia el alférez Bello: y, como detalle curioso, apuntaré que el centinela, al preguntar al paisano que llamaba por la mirilla quién era, sin duda alguna, interpretó mal la contestación del ministro de la Gobernación, y, aturdido ó no dándose cuenta, dijo con voz estentórea: «Cabo de guardia, el Ministro de la Guerra» El salto que dimos mi compañero y yo lo envidiaría seguramente el mejor acróbata, y si nuestra sorpresa fué grande á la voz del centinela, mayor, si cabe, fué cuando D. Venancio, al cual todos conocíamos como ministro y vecino, nos dijo, palabras textuales: «Las tropas están sublevadas; la guarnición en la calle; si viene mi coche, que vaya al Ministerio»; y se marchó.

Yo, como el de más empleo, tomé la dirección de aquello y le dije á mi compañero: «Bello, no dejes subir á los dormitorios á ninguno que venga de la calle; deténlo en el cuerpo de guardia»; pues por ser domingo ó día festivo había paseo extraordinario. Me metí el revólver en el bolsillo del ruso y empecé á recorrer los dormitorios, ordenando á la fuerza se levantase y armase en el mayor silencio; así como al escuadrón que pusiera monturas; una vez hecho esto, en lo que tardaría minutos, por la escalera interior pasé al pabellón del primer jefe, que estaba acostado, le di cuenta de los sucesos y de lo hecho y me bajé al cuerpo de guardia, donde ya empezaban á llegar, apresuradamente, clases y tropa que se habían enterado de la ocurrencia, y, á los pocos momentos, todos los oficiales, cesando desde entonces mi gestión de jefe de cuartel.

A los tres días el turno de partida me adjudicó la comisión de marchar á Aranjuez á hacerme cargo de los prisioneros del regimiento de Albuera y conducirlos á Madrid. Salí en tren para Aranjuez con treinta guardias la tarde en que enterraban á los jefes de Artillería muertos en Atocha, y, á las dos horas de mi llegada á Aranjuez, me ordenó el comandante militar marchase á Ocaña, por la carretera, para hacerme cargo de los prisioneros; llegué en la madrugada, acampé en los soportales de una plaza y, al ser de día, me entregaron 76 prisioneros, 80 caballos y tres carros con tercerolas, sables, municiones, monturas y equipos, con cuyo convoy volví á emprender, por carretera, el regreso á Aranjuez, donde hice entrega de todo en el cuartel de Caballería, hasta por la tarde del mismo día, que volví á hacerme cargo de los presos para por tren conducirlos á Madrid, como así lo efectué, entregándolos en las prisiones militares, sin haber pedido refuerzo alguno á mi Cuerpo ni auxilio á las Autoridades gubernativas de Madrid, para el traslado desde la estación del Mediodía á prisiones, recorrido que aquella noche me pareció interminable.

A los pocos días, el turno de presos me favoreció con la penosa comisión de conducir al general Villacampa y demás indultados de la pena de muerte, desde la corte á Cádiz, de donde debían salir para Fernando Póo. De este tema es del que voy á tratar, y la somera relación de los anteriores ha sido puramente incidental, y como demostración de la parte activa que la casualidad me hizo tomar en aquellos sucesos.

Yo no conocí personalmente al general Villacampa hasta la mañana en que, á las órdenes del capitán y mi querido amigo D. Macedonio Negrón, me hice cargo de él en la cárcel modelo. Digo que no lo conocí personalmente, pues, efectivamente, fué la primera vez que lo vi, pero su apellido me era conocido, como á todos los oficiales, pues en aquella época todavía existían algunos nombres que llevaban aneja á ellos la nota de revolucionarios.

Aparte de este conocimiento de oídas, semanas ó meses antes del movimiento, un capitán retirado del Cuerpo, que solía concurrir al cuarto de banderas para hacer pie al tresillo, me había dicho que el general (por Villacampa) deseaba verme y que le buscase por las mañanas en una relojería de la calle del Carmen ó de la Montera (no recuerdo bien las señas), pero la vida agitada de Madrid, las obligaciones del servicio y las distracciones del hombre relativamente joven, me hicieron no concurrir á la cita que se me daba. El capitán retirado que me habló creo que se llamaba Muñoz, y se lanzó al campo á las órdenes y como ayudante del general.

Llegó el día señalado para la conducción á Cádiz del general Villacampa, teniente González y cuatro sargentos más, todos arrancados á la muerte desde la capilla, por la magnanimidad regia, y este servicio me correspondió desempeñarlo á las órdenes del capitán Negrón y con la consiguiente escolta. A la hora prefijada, que eran las primeras de la mañana, con puntualidad militar nos encontrábamos en la cárcel modelo; no había público ni afluencia alguna de curiosos, pues se había guardado absoluta reserva sobre la marcha de los presos; éstos y la escolta montaron en un celular, y Negrón y yo seguimos á caballo la conducción, vigilándola. Llegamos á la estación del Mediodía, y se conoce que la reserva no había sido absoluta ó que algún alma piadosa había avisado

del suceso á la hija del general, señorita Emilia Villacampa, y allí se encontraba; prescindiré de intentar describir la tierna escena que se desarrolló entre padre é hija, que, sin duda, presentían que aquella separación era eterna; consulté á mi capitán, que todo lo que tenía de militar, de rígido y de serio, tenía de caballero y buen corazón, y con su beneplácito invité á la joven á que subiera al celular con su padre, para sustraerse á las miradas curiosas que espiaban y profanaban aquel inmenso dolor.

Todas cuantas ternuras, delicadezas y previsiones pueda sugerir el cariño filial, fueron desplegadas por la apenada hija, y desde la mullida almohada, el periódico ilustrado, la novela para distraerse en el viaje, en fin, todo, fué precavido por la hija cariñosa.

Como todo llega en esta vida, por fin llegó el momento de la partida, y entre suspiros y lágrimas, arrancó el tren. El general y el teniente iban instalados en un departamento pequeño del celular, ó sea en el señalado para mujeres; en el de la escolta iba ésta, que no recuerdo si se componía de seis ú ocho números y una clase, y en el departamento grande, ó sea el de los hombres, iban los cuatro sargentos y una pareja nuestra. En el departamento del general, para evitarle la parte enojosa de llevar una pareja como centinelas, tomamos asiento el capitán y yo.

En almas enérgicas y naturalezas fuertes como la del general Villacampa, pronto la realidad de la vida, ayudada por su carácter franco, expansivo y bromista, dominó la pena que le embargaba y entabló conversación con nosotros, cual el más antiguo y cariñoso compañero; resultó de ella, que como todos éramos de abolengo militar y él antiguo, conocía á varios parientes de Negrón que servían en el Ejército, y, al enterarse de mi apellido, demostró ser hombre de buena memoria, pues, en seguida, me preguntó: «¿No era usted ayudante de la Comandancia del Norte?» Le contesté que, efectivamente, había sido ayudante hasta hacía pocos días, que se había suprimido la plaza, y me disculpé como pude de mi falta de cortesía al no haber acudido á su cita; á lo cual replicó con viveza: «Más vale así, más vale así»; y ya, en conversación animada y general, seguimos el viaje, dando él bromas al teniente González sobre las mujeres hermosas que iba á conocer en el destierro. Llegamos á Aranjuez, y como allí la detención era mayor, aproveché los minutos para comprar una botella con agua para el general, que había mostrado aprensión á los cambios de agua consiguientes á un largo viaje. Desde el departamento de los presos me llamó uno de los sargentos y con mucha subordinación y razones sentidas, me pidió se le permitiese poner un telegrama á Lebrija, de donde era natural, para que salieran á verle, por si era la última vez, sus padres y esposa. Previa consulta con mi capitán, hice poner el telegrama, no admitiendo el pago del mismo. Continuamos el viaje y, á la hora reglamentaria llegamos á Alcázar de San Juan. Se conoce que por telégrafo habían adelantado la noticia del paso de los presos, y la concurrencia era inmensa, cuanto humanamente cabía en los andenes, y como ya era la hora de almorzar, en esta situación bajamos al comedor y nos sentamos solos en la mesa, el capitán á la derecha del general y yo á la izquierda del teniente. El público en masa invadió el amplio comedor, y recuerdo mil atenciones y delicadezas de la concurrencia, entre ellas, traer el jefe de estación una almohada para que se sentase y estuviese más cómodo el general, y muchas frases de respeto y afecto, invitándole á que almorzase con calma, pues el tren se detendría el tiempo necesario. Toda la concurrencia, con perfecta unanimidad, estaba con la cabeza descubierta; terminado el almuerzo, di el brazo al general para acompañarle y ayudarle á subir al vagón, lo cual efectuado, se asomó á una ventanilla, y el público, sombrero en mano, exclamaba: «Hasta la vuelta, mi general...; hasta la vuelta.»

Yo, en aquella atmósfera, estaba impresionado; pues veía el momento de que algún imprudente ó fanático, con cualquier grito subversivo, nos hubiera originado un conflicto; pero, en fin, todo pasó y el tren arrancó lento y majestuoso, llevándose á aquel veterano, que, cual todos los humanos, tendría grandes defectos, pero que en aquella ocasión había sido víctima de un mal entendido honor y, seguramente, traicionado por más de un compañero. Permaneció unos momentos en la ventanilla del coche como abstraído y, de pronto, volviéndose á mí, me dijo: «No me he marchado porque no he querido». Sólo se me ocurrió contestarle: «Gracias, mi general».

Han pasado tantos años, que he perdido la noción del tiempo, y no recuerdo si pasamos noche en el tren, indudablemente debió transcurrir; pero nada me acuerdo de ella, y lo único que me ha quedado grabado en el alma fué el paso por Lebrija, donde los padres y esposa de uno de los sargentos salieron á la estación á verle; yo creí que teníamos que lamentar una desgracia; pues, en marcha el tren, aquella gente permanecía agarrada al mismo, queriendo detenerle, y que no les arrancasen aquel pedazo de su corazón.

Continuó nuestro viaje, sin incidente alguno, hasta Cádiz, desde cuya estación nos hicieron pasar al arsenal, en el cual no nos firmaron el recibo de los presos hasta después de estar embarcados en la falúa que había de conducirlos á bordo.

Mi espíritu estaba tan fatigado de esta enojosa comisión, que pedí permiso á mi capitán para no detenerme en Cádiz, y en el tren mixto, que salía para la corte á los pocos momentos, emprendí el regreso. Se me ha olvidado consignar que el general, al embarcar, me dió un estrecho abrazo, me encargó viese á su hija al llegar á Madrid y que le entregara un paquetito de dinero que me dió; ni él me dijo la cantidad, ni yo se la pregunté, ni tuve la curiosidad de mirarla; pero, por la forma del paquete y el peso, debían ser veinte ó veinticinco centenes, y es indudable que esta cantidad se la habían dado en el tránsito, sin nosotros apercibirnos.

Sé que el general tiene un hijo en el Ejército, un compañero; si llegan á sus manos estas líneas, que le sirva de consuelo la certeza de que su padre fué tratado con todo el respeto y consideración á que sus canas, su empleo y desgracia le hacían acreedor.

Llegué á la corte, desempeñé mi comisión cerca de la hija del general, que vivía en la calle Ancha, muy inmediato á la plaza de Santo Domingo, y me fuí al cuartel, donde me esperaba una buena recompensa: en cuanto me vieron los compañeros, entre risas y bromas, empezaron á preguntarme qué habíamos hecho con Villacampa, pues los periódicos decían éramos unos inquisidores, y me dieron á leer *El País*, que á pretexto de que en la cárcel modelo no habían tenido la precaución de bajar y cargar en el coche celular el baúl mundo del general, sin duda por un olvido, disculpable con las prisas, arremetía contra el Gobierno y sus verdugos los guardias civiles, que se habían propuesto que los presos murieran de frío en la navegación, y, después de poner á todos de oro y azul, terminaba el artículo haciendo una excitación á las masas, diciendo: «¿Queréis saber quiénes han sido esos verdugos, esos inquisidores, esos sicarios de la tiranía? Pues son Fulano y Citano (con nuestros nombres y empleos)». Ese fué el único galardón que sacamos de un servicio difícil, desempeñado tan humanitariamente, que pudo habérsenos exigido responsabilidades, tratándonos de débiles.

Han pasado los años; la práctica del servicio me ha demostrado la poca utilidad para la tropa de la anotación del servicio y la ninguna para el oficial; pero alguna vez se me ocurre pensar: ¿Son tan comunes y tan frecuentes los casos de encontrarse un subalterno una noche de sublevación al frente de un Cuerpo y organizarlo y preverlo todo, en lo que llegaban jefes y demás oficiales?

¿Es tan baladí y sin importancia una conducción por tierra y tren, de un convoy de ochenta caballos, setenta y seis hombres y tres carros de armas?

¿Se presenta dos veces en la vida la ocasión de conducir á su destino á seis indultados de la pena de muerte, haciéndolo con éxito y sin dar lugar á queja alguna por exceso de precauciones?

Es indudable que cuando mis jefes no me hicieron anotación de especie alguna, sería porque no cayera la índole de los servicios dentro de lo preceptuado, lo cual

no quita que más de una vez se me haya ocurrido pensar que si en cualquiera de ellos hubiera tenido el más pequeño fracaso, seguramente que tendría adornada la hoja de hechos con una nota que manchase mi historia militar.

Ocho años de subalterno en el 14.° tercio, en época un poco turbulenta, han hecho que mi mente conserve algún detalle íntimo sobre sucesos como la manifestación de las Carolinas, el cierre de tiendas por el cólera, la retirada del embajador de los Estados Unidos, la noche de la muerte de D. Alfonso XII, el primer hijo de la infanta Doña Eulalia, el nacimiento del actual rey; así como algunos detalles íntimos de gobernadores, tales como el conde de Xiquena, D Luis Antúnez, Villaverde, Aguilera y otros Si á los lectores les resulta grata esta cinta cinematográfica, se continuará.

Alfredo Maronges.

CHIRIGOTA

I

—Sí, señor; Chirigota es un granuja Los feligreses, sobre todo los asiduos al templo, se escandalizan de que niño de tal calaña pertenezca á la Iglesia, y á una convienen en que sólo el padre Perfecto, que de bueno se cae á pedazos, sufriría monacillo s mejante Yo, por demasiado prudente, me resigno á que todos los días varíe de lugar mi reclinatorio (sabiendo, como sabe, que invariablemente me coloco bajo el púlpito), y con gusto seguiría ofreciendo á Dios este trabajo si la perversidad de ese mala ralea no hubiese llegado al extremo de profanar mi libro de oraciones, que, por olvido, me dejé ayer en el camarín de las santas Justa y Rufina

—¡Profanar! Esas son palabras mayores, mi señora doña Curra. A ver, á ver qué ha hecho ese diablillo de muchacho.

—Aquí tiene usted la hazaña de su acólito, chorreando sangre y pidiendo ejemplar castigo

La ofendida señora presentó al cura un voluminoso libro abierto, esperando saborear la indignación en que había de encenderse el rostro hasta entonces plácido del sacerdote; pero éste, después de contemplar largamente y en silencio el cuerpo del delito, soltó la risa, una risa franca y regocijada, que no pudo contener, y mirando luego á la querellante, dijo:

—No hay mal tan malo del cual no resulte algo bueno, porque la sabia Providencia, al bien hace que tienda todo; y pues verdad tan grande es ésta y tan palpable en la presente ocasión, perdone usted, hija mía, la empecatada idea de un rapazuelo de catorce años, y por tanto, de poco juicio, en gracia á que en esta caricatura insolente, impía y cuanto usted quiera llamarla, que razón para ello tiene, ó mucho me engaño, ó se revela un artista de alto vuelo. ¡Qué parecido tan prodigioso!... ¡Qué detalles!... ¡Qué gracia en la expresión!...

Y añadió pasando el libro á manos del sacristán:

—Corte usted la hoja, que por fortuna no es interesante, y devuelva el devocionario á su dueña, quien, como buena cristiana, sabrá perdonar las flaquezas de su prójimo.

—Pero, padre, ¿y lo toma usted así? balbuceó doña Curra lívida, aunque celando su cólera.—¿No alcanza otra importancia á sus ojos que un rufián, que por no tener, ni padres conocidos tiene, retrate á una persona de mis años y condiciones, esposa de un exjuez municipal, llevando en una mano un crucifijo y la otra apoyada en el brazo del demonio... y eso, por añadidura, en el *Compendio de todas las virtudes?* Veinte años llevo confesándome con usted; veinte años que día por día vengo á oir su misa y sus sermones; veinte años que sigo al pie de la letra sus consejos y mandamientos...

El cura, que se vió venir encima la cuenta de fecha tan larga, cortó por lo sano diciendo á la exjueza:

—Pues sígalos una vez más, y yo le aseguro que de hoy en adelante mi acólito no volverá á molestarla. ¡Es tan fácil perdonar cuando se tiene buen corazón!

—Sí, señor, sí—asintió doña Curra viendo mal parado el pleito—, y como el mio es muy desinteresado y no tiene nada de rencoroso, perdono á ese .. trasto; lo perdono para que Dios me perdone á mí.

Y á vuelta de las frases de rúbrica salió de la sacristía apretando con rabia entre las manos el *Compendio de todas las virtudes*, y aunque no era rencorosa, jurando vengarse del insolente monaguillo.

II

No bien hubo desaparecido la beata, el sacerdote trincó de una oreja á Chirigota, que no andaba lejos, y le dijo revistiéndose de toda la severidad compatible con la expresión benévola de su semblante:

—Ven acá, chirigotero de Luzbel; vas á conseguir que se me suba la mostaza á las narices y haga contigo una sonada ¿Te parece regular que cada lunes y cada martes venga la gente á quejárseme de tu depravadísima conducta? Ya ves lo que hoy has hecho con una señora tan res etable y de tantas campanillas como la que acaba de salir; pues eso se queda en pañoleta para lo que haces cuando vas recogiendo la limosna del Niño Jesús.

—¿Yo, padre Perfecto?

—Sí, tú, que además de todas tus mañas, se conoce que tienes la de ser un hipocritón de siete suelas. Sé de buena tinta que en lugar de ir de casa en casa con la debida compostura, cuando te da la ventolera, sueltas la sagrada imagen en mitad del arroyo y arremetes á mojicones con los granujas, como uno de tantos.

—Es—contestó Chirigota en tono humilde—porque los chicos se complacen en cometer herejías hasta con los pajarillos que atrapan. Ayer la tomaron con una pobre mendiga; díjeles con buenos modos que la dejasen seguir en paz su camino, y ¡como no me hicieron caso!... Comprendo que fué una judiada mía abandonar el Niño Jesús; ¡pero me da tanta rabia ver abusar de los que no pueden defenderse! .. Vamos, que no tengo genio para mirar en calma esas cosas. También conozco lo malo que es pintar monos en un libro de misa, y sólo me hubiera atrevido á semejante desacato con la señora jueza, porque ¡le tengo unas ganas .. que la haría picadillo! ¿Sabe su merced la causa de haberse metido monja la sobrina que vivía con ella? Pues se metió porque estaba más achicharrada de aguantar á la tal señora que San Lorenzo en la parrilla. Su merced puede preguntar á quien la sirve (que cada día es una criada diferente) y verá lo que le dicen. Tiene condenado á perpetuo ayuno á todo el que cae bajo su férula, y obliga á su marido, un hombre bueno como el pan de flor, á que, por vía de penitencia, por las noches, antes de acostarse, se meta en un lebrillo de agua fría. El buen señor ha pescado un reumatismo que va á dar en tierra con sus huesos, y cuando se queja de sus dolores, la indina le dice con acento místico:—¡Dichoso aquel á quien Dios manda algo que ofrecerle!—Como si con tal mujer no tuviera harto que ofrecer á Dios el infeliz.

—Calla, hombre, calla, que si te dejan sigues hasta el día del juicio Arme cada cual su nave á su gusto y ¡ojo al virote!, que en eso de si éste ó el otro hace ó deja de hacer, suele cargar de culpas el saco quien menos piensa Y ahora, volviendo á los monigotes de marras ya que por ahí descuellas, y tanto porque no deben desdeñarse las aptitudes que Dios nuestro Señor concede, como por ver si mayores ocupaciones te hacen sentar la cabeza, desde mañana irás á ejercitarte en el dibujo con persona competente. Si deseas seguir en esta santa casa es preciso que mudes por completo de conducta, que seas nuevo fénix renacido de las viejas cenizas.

Y reparando en el atavío del mozalbete, inadmisible sin el tápalotodo de las faldas monacales, añadió algo perplejo:

—También va á ser preciso que, si has de asistir á la

clase de dibujo, mudes de traje, y... apuesto que no tienes otro...

Chirigota, rojo como una guinda, hizo con la cabeza un signo negativo. El párroco s · apresuró á decirle:

—No afrenta la pobreza cuando la acompaña el decoro, ni de los malos hábitos externos, sino de los internos, se debe el hombre avergonzar. Conque, á mal tiempo, buena cara, y á mirar hacia adelante, que la rueda de la fortuna lo mismo baja que sube, y así como el distintivo de la vejez debe ser la prudencia, la juventud ha de pecar de animosa y tener fe, mucha fe, porque ésa es el arma invencible con que el hombre hace sus mejores conquistas.

Y ya de capa y teja en mano, agregó:

—Vaya, vaya, del «Kirie» me salté al «Sanctus», dejando el almuerzo *in albis*. Anda con Dios, hijo; anda con Dios, y vete luego por casa, para que mi sobrina te tome las medidas del indispensable traje y yo acabe de sentarte las costuras, porque no creas, no creas tú que la indignación de lo que ha pasado se me va tan pronto. Líbrate de reincidir, pues otra vez no te vale ni la bula de Meco, y la cosa no había de acabar, como hoy, en tortas y pan pintado.

III

El amor baja del cielo
en onda de luz que hace
vibrar dos almas á un tiempo.

La mañana era espléndida. En el templo sólo quedaba alguna que otra rezadora incansable, de esas que, después de oir la misa mayor, siguen pidiendo por los vivos y por los muertos y este mundo y el otro, y de pedir hacen el cuento de nunca acabar. En algunas partes de Andalucía llaman á estas devotas sempiternas las «cócoras» y no hay sacristán ni acólito que no las abomine, porque las taimadas hacen oídos de mercader al rumor de las llaves y salen siempre de la iglesia echando pestes de quien las interrumpe en sus interminables oraciones.

Las «cócoras» de la mañana á que me refiero podían estar tranquilas: había bautizo, y ni los monaguillos ni el sacristán cogerían tan pronto el para ellas antipático llavero. Chirigota ocupado andaba en la capilla bautismal, quitando telarañas y poniendo paños, aunque sin extremar limpieza ni adornos, por ser de pobre la ceremonia.

Dejado en su punto lo conveniente, y ansioso de aspirar los aromas de azahares y mosquetas con que el viento, al rozar los floridos balcones, perfumaba la calle, salió al atrio, adonde á poco llegó también una mozuela llevando en brazos pequeña y emperegilada criatura.

Preguntóle Chirigota si era aquélla la que había de bautizarse, y la muchacha (que á lo sumo llegaría á los doce años) volvió hacia el monaguillo los ojos más hermosos que éste había visto en su vida, y le contestó con marcado acento andaluz:

—Esta es, y quiera Dios que el señor cura nos despache pronto, no sea que mi hermanito alborote el cotarro.

—¿Y cómo vienes sola con él?

—Porque mi madre está muy medianeja, y la vecina no se atrevió á dejarla. Además, esperábamos que el padrino me acompañaría .. No sé cómo no está ya aquí. ¡Gasta tan poca formalidad el señor Isidoro! Y el caso es que yo deseo que tenga padrino mi hermanito, porque muchas veces he oído decir que sin padrino no hay hombre.

Hizo una larga pausa y siguió después, clavando en Chirigota la intensa mirada de sus expresivos ojos:

—Siento doblemente que no venga, porque él hubiera dado algún regalito al señor cura para que no constase en la partida si el bautizo era ó dejaba de ser de limosna. Aunque somos pobres .. y tan pobres que desde la muerte de mi padre (que esté en gloria) no contamos sino con el día y la noche... es muy triste llevar siempre encima el sambenito de la pobreza.

Chirigota la escuchaba atento, sin decir palabra, como extasiado ante la gracia encantadora de aquella madrecita que con su niño en brazos parecía la Virgen de Murillo, joya del santuario ante la cual se pasaba él las horas muertas, devoto á un tiempo de la religión y el arte.

Viendo la muchacha que el monago nada le decía, preguntóle candorosamente:

¿Crees tú que si yo diera este cuarterón de chocolate al señor cura, consentiría en no poner lo de pobre?

Y á la franca sonrisa de Chirigota replicó algo cortada:

—No creas.. es de lo bueno... de cinco reales libra. Las señoras de la «Conferencia» me lo dieron para mi madre.

—Todo se arreglará—dijo al fin Chirigota.—Por lo pronto, nadie deja de morirse por la falta que haga. Si, según parece, el señor Isidoro brilla por su ausencia, aquí estoy yo para tener al niño, y como dice el padre Perfecto, á falta de pan buenas son tortas.

—¿Lo tendrás tú... de veras?

—¿Por qué no? ¿Crees que había de faltarme fuerza?

—¡Qué bueno eres!—exclamó la niña, cuyos ojos se arrasaron en lágrimas. Luego añadió, besando á su hermanito:

—Ya no te quedarás sin padrino, monín; empiezas con buena sombra .. ¡Es claro! El que á buen árbol se arrima...

Y con los ojos húmedos aún hizo gracioso guiño al acólito. Este dijo alegremente:

—No tendrá bautizo de órgano y tres capas, pero tampoco constará su pobreza ni la mía. Hasta pelón vá á haber, si no de cuartos, de aleluyas Dos pliegos traigo en el bolsillo: «La vida de San Crispín» y «El mundo al revés». Y dime, ¿cómo se va á llamar?

—Pues como su padrino ¿Cómo te llamas tú?

—Chirigota me dicen; pero en la pila me pusieron Jorge.

—¡Qué nombre tan bonito!

—¿Y el tuyo cuál es?

—Araceli.

—Tampoco es feo. Mucho extraño que perteneciendo tú al barrio no te conozca yo, que conozco á todo bicho viviente, ni tú me hayas visto, siendo así que por todas partes ando de sobra.

—No ha mucho que somos vecinos, y además yo salgo poco. Mi madre dice que las mujeres de provecho se hacen recogidas en casa, no pindongueando por las calles y de fiesta en fiesta, como mesilla de turrón.

—¡Ea! Vamos adentro, que ya está aquí el señor cura.

En la vida, si hay horas muy amargas, momentos hay también de dulzura infinita, y uno de ellos fué para Araceli aquel en que depositó á su tierno hermanito en los robustos brazos de Chirigota. No sólo el huérfano teniendo padrido se «haría todo un hombre» (vivo afán de su juiciosa hermana), sino que sería lazo de unión entre el monaguillo y ella. Deseábanlo así uno y otro. Sin darse cuenta exacta de sus sentimientos, lo mismo en Araceli que en Jorge á la mirada primera correspondió el primer amoroso latido del corazón y la primera ilusión del alma El dios alado, quizá por ser ciego, hiere á los pobres con las mismas armas que á los ricos, y de ahí que todos los seres gocen de igual modo la felicidad suprema de la vida.

Con previsión de madre (las mujeres desde niñas saben serlo), suplicó Araceli al párroco que echase al pequeño mucha sal en la boca para que no saliera «esaborío»; poca agua en la cabeza, para que no fuese desmemoriado, y obligó al sacristán á sostener el salero con la mano derecha, porque la izquierda «trae» mala suerte.

Concluída la ceremonia con todos los requisitos apetecibles, Araceli tomó ya cristiano al niño que entregó «moro», y se volvió para su casa oyendo el guirigay de los que dábanse de morradas por coger á cuál más el contante, si no sonante, pelón que desde el atrio del templo arrojábales Chirigota á manos llenas.

IV

Eran dos hermanitos,
sin calor de nadie,
que buscaban abrigo, y sólo oían
¡Dios los ampare!

En honor del Emperador de Austria



En Leganés se han celebrado recientemente, por el Regimiento de León, solemnes fiestas en honor del Emperador de Austria, coronel honorario de dicha unidad.

He aquí y en la plana siguiente algunas curiosas instantáneas.

—¡Que lo diga usted, señora! Ni parientes ni recursos de ningún género. Y menos mal la niña, que por despierta y hacendosa no ha de faltarle donde ganarse una peseta; ¡pero, el chiquitillo, que «entodavía» no ha «hecho» dos meses!

—El niño es un hueso que nadie querrá roer, y con razón. No están los tiempos para echarse obligaciones.

—Quizá haga algo por él su padrino, que tanto lo quiere: es deber que contrae quien saca una cristura de pila volvió á decir la que habló primero.

—Vaya un amparo y un ejemplo que le daría el tal padrino - exclamó en tono agrio doña Curra. Antes de consentir tal cosa, capaz soy de cargar con el mochuelo, á pesar de que no me hacen gracia los chicos. Pero lo prudente y natural es depositarlo en el torno de la Misericordia. Yo me ofrezco á acompañar á quien de ustedes se preste á llevarle, y así lo recomendaré á la superiora de la Inclusa. Con que vamos, no hay que dejar para mañana lo que puede hacerse hoy, ni el estómago de la criatura tiene espera.

De detrás de la cuna, que había estado meciendo, salió Araceli, mal cubierta por raído mantón de lana, pálida como la misma muerte y enrojecidos por el llanto los hermosos ojos, en aquel momento secos y brillantes, con el intenso y doble brillo de la indignación y de la fiebre; llegó sin apresuramiento á donde estaban reunidas las mujeres, y les dijo con voz en que al unísono palpitaban angustias y alegrías:

—¡Por Dios, señoras! Ni en soñación piensen apartar de mí á este niño, consuelo de mis penas y lo único mío que me queda ya en el mundo. ¡La Inclusa! ¡Llevarlo á la Inclusa! ¡Virgen santa! Si mete miedo considerar el diluvio de criaturitas que mueren allí al cabo del año! Sólo me faltaba eso. He visto ya desaparecer dos hermanitos, luego á mi padre... á mi madre en seguida... Uno por uno he ido perdiendo todos los cariños de mi alma; así que á éste, á mi Jorgín, de quien antes que hermana debo y quiero ser madre. á éste no lo arranca nadie de mis brazos ¿lo oyen ustedes? ¡nadie!... como no sea quien se llevó á los otros.

—Mal podrás atenderle teniendo que mirar por ti mis·

En paz descansa ya la infeliz; el primer descanso que tiene de viuda, pues no era ella piedra que criase moho por falta de movimiento. Eso la llevó al hoyo el ansia de antes y con tiempo ponerse á trabajar para sus hijos.

—¡Ay, señora Justina! Los pobres no tenemos otro trigo de donde sacar pan sino el trabajo.

—Ya que estamos aquí, hagamos algo provechoso—dijo doña Curra, la cual se hallaba también en el duelo—y lo que urge es decidir de la suerte de estas criaturitas, á quien, según tengo entendido, no queda otro refugio sino Dios y la caridad de las buenas almas.

ma—le replicó doña Curra, que en odio al acólito quería llevarse á toda costa al pequeñuelo.

—Trabajaré hasta dar por mi niño toda mi sangre, gota á gota; á nadie pido ayuda, conque déjeme obrar á mi antojo.

—¡Cuánto orgullo en un cuerpo tan chico! -exclamó picada la beata.

—¡Ay, señora! Mejor dijera usted: ¡cuánta amargura en un corazón tan solitario!

Y dos gruesas lágrimas, suspendidas un momento entre las sedosas y largas pestañas, rodaron por las mejillas de la huérfana.

—Quizá después de pasar la noche á vueltas con el angelito, y sin tener con qué aplacarle el buche, varíe de pensamiento esta mocita—dijo otra de las mujeres.

—Tal creo—se apresuró á contestar doña Curra, encaminándose hacia la puerta.—Dejémosla, pues, que reflexione, y mañana temprano pondremos al huérfano donde se críe en el santo temor de Dios, como en conciencia estamos obligadas.

Y ya fuera y bajando el tono, añadió:

—Entretanto, bueno es á evitar á la chica toda comunicación con el monacillo; sólo así podremos reducirla.

V

Un rayito de sol rasga las
[nubes...
¡Bendito sea!

¡Qué noche tan fría y tan larga!... ¡Qué obscuridad tan densa la del cielo!... ¡Qué silencio tan pavoroso el de la tierra! Todo contribuía á hacer más triste el dolor y la soledad de Araceli. Y eso que tenía ella bien arraigada la consoladora idea de que su madre al morir no había hecho sino cambiar de «*forma*» y de «*sitio*», y por consiguiente, seguía existiendo, aunque harto distante de donde el cariño la llamaba á voces. Que la buena mujer (una santa en vida) estaba en el cielo, era evidente para la muchacha, quien, considerando que si hasta el cielo llegaban las oraciones de la tierra, llegarían de igual modo los ayes de dolor, se decía á la vez que ahogaba en su pecho los sollozos:

—¿Cómo las madres, al oir llorar á sus hijos que dejan abandonados en el mundo no han de padecer terrible martirio, aun en pleno goce de todos los deleites celestiales?

Por eso con doble afán trataba de acallar al pequeñuelo, y así le repetía, como si él pudiera comprenderla:

—No llores, monín; no llores, que te oye madre.

Por un momento creyó que, efectivamente, el llanto del niño había llegado hasta el otro mundo, y debido á un milagro, la madre bajaba á consolar á los hijos de su alma. De repente y en silencio, habíase abierto la entornada puerta, dando paso á una mujer que, por su edad y figura, hizo más viva la ilusión de Araceli.

—¡Ah!... ¡Es usted, señora Amparo!—exclamó la pobre niña cuando la intensidad de la emoción fué pasada.—Creí que Dios, compadecido, nos devolvía nuestra madrecita... ¡Dicen que es tan grande su bondad!







Sí, muy grande; pero no tal como Araceli la concebía y deseaba. Daba ella el nombre de bondad á la inconsecuencia del momento, á la debilidad impresionable, y esa no es lógico que sea la de un ser previsor y justo. Teniendo previsto cuanto ha sido, es y será en el Universo, no puede caber en Dios la necesidad de modificar ninguno de sus designios. No obstante la verdadera bondad divina, la bondad inmutable y perfecta, vierte en las almas afligidas, valiéndose de medios adecuados á la idiosincrasia de cada persona, su inagotable manantial de misericordia, y por eso no hay dolor en la vida que carezca en absoluto de consuelo.

La recién llegada levantó de la cuna al niño y dijo, sentándose donde pudo:

—Vengo á dar á este pobrecito el pecho que le tengo reservado. ¡Ay, hija! Bien quisiera yo criarle á una con mi niño; pero ¡estamos tan atrasados! Las cinco semanas de «para» por la enfermedad de mi Felipe nos empeñaron con «Trabacuartos» la ditera en diez duros, por los cuales pagamos de dita diez pesetas al mes; cuatro van ya corridos y aflojados ocho duros.. y la deuda en pie como el primer día. Esto nos fuerza á echar mano de un inclusero, ya que á Dios gracias tengo leche de sobra. No es gran cosa lo que abonan por la crianza, cincuenta reales; pero eso al mes en casa de un pobre hace mucho bulto. ¿Oyes cómo traga? Mámatela toda, que para ti es, rico. ¡Qué bendición de criatura! Si pudieras conseguir que la «Conferencia» te diese aunque sólo fuera el importe de los réditos, no había que pensar, sino que me quedaba con el angelito y tú no tendrías que separarte de él. Con lo impuesta en todo que te dejó tu pobre madre, poco gravosa habías de serme. ¿Por qué no se lo dices á doña Curra? Ella bien entra y sale y parece interesarse por vosotros.

—Nada tengo que aguardar por ese lado; mi única esperanza es Jorge. Extraño me parece no haberle visto ya por aquí.

—Pues sí que estuvo; pero la señá Frasquita le echó con cajas destempladas ignoro por qué.

Aranceli guardó silencio; la señora Amparo se puso á mirar cómo hacía el chico por la vida, y largo rato sólo se oyó el ruidoso mamar que proclamaba las buenas tragaderas del huérfano y la abundancia de leche de la caritativa mujer.

—De todos modos —volvió á decir ésta, yo no acudo á la Inclusa mientras no vea como quedáis. Quien esperó lo más esperará lo menos.

Luego dejó en su camita al niño; ya dormido, y sin hacer bulla salió de la sala diciendo, á guisa de despedida:

Si algo ocurre, pega un golpe al tabique. A tu lado me quedara, pero si alguno de mis «zarcillos» despierta sin estar yo, engresca á los otros, y entre todos no dejarían pegar los ojos á su padre, que, harto de trabajar, necesita dar descanso al cuerpo.

VI

Con el alba salió Jorge de su casa, y apoyado en uno de los dos pilares unidos por férrea cadena que había frente á la de Araceli, estúvose hasta que acabó de amanecer; un plantón de media hora, que la impaciencia le hizo largo como día sin pan. Por fin vió á la muchacha abrir el postigo de su puerta y con el niño rebujado en el mantoncejo echarse á la calle.

Reconocer ella á su amigo y volar á su encuentro, fué todo uno, y aunque los sollozos impidiéronle hablar por el pronto, pasada la congoja, á su gusto desahogó en él su afligido pecho, contándole penas y temores de que éstos aumentasen (en la medida del infortunio cabe siempre algo más) con la separación casi ineludible de aquella criaturita infeliz para quien, á par de la desventura, crecía el cariño de Araceli.

Y Araceli exclamaba mirando con desaliento á Chirigota:

—No sabes, me salgo de casa porque van á venir por mi niño para llevárselo á la Inclusa, ¿te parece?... ¡A la Inclusa, cuando por diez pesetas mensuales la señora Amparo me lo criaría hecho un rollito de manteca y viviendo todos bajo el mismo techo! ¡Qué horrible es la miseria!

Como Jorge no podía faltar á su obligación, hacia la iglesia la emprendieron, bien que á paso lento y por el camino más largo; la muchacha expresándose con viveza, él sin perder palabra de cuanto su compañera le decía, cabizbajo y triste, por considerarse impotente para remediar tanto infortunio.

Ya en la iglesia, cada uno tomó por su lado. Araceli se metió en la capilla de las «Divinas Angustias»; el acólito fué derecho á vestirse las hopalandas, sacando punta y filo á su ingenio, á puro pensar cómo y dónde buscaría él las tales diez pesetas. Emboscado en laberinto de salida tan difícil, ni siquiera dió los buenos días al sacristán quien al verlo mano sobre mano, después de vestido, le dijo dándole una palmadita en el hombro:

—¡Eh! Chirigota, que hoy es día de pedir para el Niño.

—¡Pedir para el niño! .. Sí; eso sería bueno... Pedir para el niño.... La idea es excelente. ¡Ay, señor Dimas! Sin pensarlo ha dado usted solución á un gran poblema.

—Me parece que hoy no sólo se te han pegado las sábanas, sino que aún sigues dormido —volvió á decirle el sacristán, figurándose que dormido debía de estar el acólito para llamar idea excelente y solución de gran problema al aviso de que siendo primer día de mes, había que ir, como de costumbre, al petitorio del Niño Jesús.

Chirigota, que parecía haberse despabilado, según tornáronse rápidos sus movimientos, tomó la canastilla adornada de finos encajes y cintas de colores en la cual sacaba á la calle la imagen (obra primorosa del célebre Montañés), y con ella en la mano entró en la capilla donde oraba Araceli y dijo muy quedito á la muchacha:

—Pronto, dame el chiquitín, que me lo llevo.

—¡Mi hermano!.. ¿Vas á llevarte á mi hermano?

—Sí; á ver cómo lo colocas en este cestillo.

—Pero ..

—No hay pero que valga, ni tiempo que perder. Hoy es día de pedir para el niño... ¿Comprendes?

—¡Virgen de la Consolación decía Araceli mientras acomodaba al pequeño en la cestilla —lo que es tener padrino!... Y muy bien que cabe... ni que á medida la hubieran hecho .. ¡Vaya si está bonito mi Jorgín entre tan to perifollo! .. ¡Parece el mismísimo Niño de Dios!... Míralo, Jorge, míralo. ¡Hijo de mi alma!

—¡Ea! no lo perfiles más y échale el mantón por encima, que hace frío. Así .. requetebién. Tú, márchate á casa de la señora Amparo, y allí espéranos. Desde luego puedes decirle que no tiene que buscar cría, pues criará á mi ahijado. Es cosa decidida. ¡Adiós!

Araceli lo vió alejarse, y luego volvió á caer de rodillas ante el altar con el rostro bañado en dulce llanto; que así como en la noche fría la humedad se condensa en rocío, en el corazón humano el sentimiento se deshace en lágrimas.

VII

¡La voluntad! .. He ahí el poder absoluto.

—Ahueca, Chirigota, ahueca, que á mí no hay quien me saque un céntimo para niños que ni comen ni rompen zapatos.

—Ya lo sé, maestro.

—Entonces, ¿qué se te ha perdido en el portal de este mal remendón? Mira que puedes contaminarte. ¿No sabes que me llaman hereje y otros motes no muy católicos porque trabajo en días de fiesta? Y mira lo que son las cosas, con eso y con todo no llego á aplacar el hambre á la perolada de frutos de bendición que me dejó mi difunta (Dios la tenga en su gloria).

—Sí que lo creo.

—Como que está todo por las nubes y cuesta un sentido, como el otro que dice, desayunarse con una cebolla á la vera de una tahona, para que el olor sirva de arrimo.

—Tiene usted razón que le sobra, maestro.

—Por eso á los que trabajamos por la pitanza, no malos nombres, sino «guita» es lo que hay que dar para reducirnos á guardar festividades; y cree tú que si se arbitrara un medio que no fuera el de hacerse una cruz en el estómago... á nadie le amarga un dulce ni un día de des-

causo á la semana. Conque vaya, el tiempo es oro: zapatero, á tus zapatos; santirulico, á tu altar.

—Ha de saber usted señor Facundo, que hoy mi santirulico, como usted le llama, es de carne y hueso, y por consiguiente, necesita comer y más tarde romperá zapatos si la caridad no se los niega.

—Déjame de simbolismos, que conozco el paño y á carca me hiede. No he de sisar yo el aceite á mi gazpacho para alimentar lamparillas; conque repito: «de verano»

Chirigota, sin dársele un ardite de tan rotunda despedida, descubrió el canastillo y presentando el niño al remendón, dijo sencillamente:

—Sin padre ni madre ni otro amparo que la piedad de los corazones generosos.

El zapatero echó la vista al dormido huérfano y después la levantó hasta Chirigota, cuyos ojos le imploraban con tan penetrante sentimiento de caridad, que el maestro, contagiado acaso, tiró del cajón de la mesilla, sacó una peseta, y en voz baja, como si temiese que alguien se percatara de su buena acción, dijo al monago dándole la moneda:

—Si hace falta, cuenta con otra todos los meses. ¡Hermoso niño de Dios!

Y con entrañas de padre besó la manita del pequeñuelo, que, sonriente, parecía agradecerle el donativo.

Esa fué la primera limosna y la más inesperada. Con tan buenos auspicios cobró el acólito nuevos ánimos, y en dos horas bien corridas no dejó rico ni pobre, chico ni grande, á quien no interesara en su piadosa obra. Sabiendo que cada lugar tiene su modo de bailar, á unos acometía de una manera, á otros de otra, y de todos sacaba raja Vino á cuentas, y viéndose poseedor de hasta cincuenta pesetas entre plata y calderilla, item más valiosos ofrecimientos, con alas en los pies volvió grupas para donde su amiguita le esperaba impaciente.

VIII

—Señora Amparo—entró diciendo , aquí está ya el mozo, que sin soltar el trapo ha corrido media Sevilla y no á humo de pajas: diez duretes como diez soles trae para saldo de cuentas con diteras que Dios confunda *per sæcula sæculorum*. Queda usted obligada, en cambio, á mantenerlo á cuerpo de rey sin percibir durante cinco meses sino lo que el padrino tenga voluntad de dar á usted. ¿Estamos conformes?

La buena mujer, que precedida de Araceli y seguida de sus pequeñuelos, había salido al patio á recibir á Chirigota, no sabía cómo demostrar su satisfacción. Grande era también la de Araceli, aunque la pobre no se atrevía á dar rienda suelta al contento por temor de que la realidad que tocaba fuera sueño de que hubiese de despertar.

Tras el monagnillo se coló en el patio Alegría, gitana habilidosa, cual ninguna, para meterse hasta por el ojo de una llave doquiera que olía «monises», y como no se contentaba con el olor, sino que aspiraba al sabor, apenas Chirigota puso su doble y preciosa carga en manos de la señora Amparo, Alegría le dijo, asiendo la ocasión por el copete:

—Ven acá, resalao, que quiero decirte la buenaventura; no por interés ninguno, sino porque sepas lo que en tus ojillos estoy leyendo y leeré hasta con puntos y comas en las rayas de tu mano si con una perrilla me la largas. ¡Qué!... ¿Te niegas? . ¿Vas á ser tan roñoso que por no soltar la mosca te quedes en ayunas de la buena suerte que te adivino? Mira que toíta tu persona está diciéndome que no sube tan ligero el aire al muñeco de la Giralda como tú has de subir al pináculo de la gloria. Y cuenta que no serás el primer monacillo de este cachito e tierra o María Santísima que viniendo del linaje de las doce tribus se enseñorea por su chirumen De tu misma parroquia salió uno que en la corte fué «menistro» de la corona, sin que en tal jerarquía se le subiera el «jumo» al «jumero», y otros ha habido que si no llegaron á pisar la cumbre de tan alto monte, por él gatearon Conque vaya, ¿no aflojas el perrillo «pa mercá» una chiringa á mis probecitos churumbeles? Muestra tu rumbo, nata y flor de los pintamonas, aunque no sea sino por la mocita e cara e virgen que está comiéndote con los ojos.

La señora Amparo hizo bueno el refrán «pobre porfiado saca mendrugo», y la gitana se fué deseando á todos tanta ventura como fatiguillas pasa en el mundo la raza de gitanillos «probes»; fatiguillas á que, desgraciadamente, viven condenados los pobres de todas las razas.

—Conque, señora nodriza, lo dicho: cuide á mi chiquitín y mire como cosa propia á mi Araceli, porque... ya oyó usted á la gitana: he de llegar alto ., muy alto... y no quiero subir solo.

Diciendo así, miró amorosamente á la huérfana, en cuyos oídos las palabras del muchacho sonaron á repique de gloria.

—Pues, hijo—contestó la señora Amparo, ya en ejercicio de sus funciones ; mocita más completa que ésta lo ha de ser á su tiempo, no se la llevará ni el mismísimo Alfonso XIII, con ser rey de España.

IX

—En resumidas cuentas, lo que aquí se me dice, aunque dorando la píldora, es que por ser yo un viva la Virgen, doy en la iglesia abrigo á personas indignas de pertenecer á ella La firma es del secretario de la diócesis, pero la carta está escrita de puño y letra del padre Carrasco, el pariente de Doña Curra... y de la beata viene derecho el tiro. Bien veo asomar sus uñas, dispuestas siempre á clavarse en algo... hasta en la última palabra del credo, como es un triste acólito. ¡Diantre de muchacho!... No, lo que es á él merecido le está .., y eso que casi todos sus defectos provienen de su excelente condición. ¡Qué demontre! Más le hubiera valido tirarse de cabeza á un pozo que indisponerse con una de esas cócoras, polillas de las iglesias y fariseos de nuestra religión sacrosanta. De todos modos, ¡el niño es también de encaje... de encaje fino, y en buena ocasión me hace esta nueva diablura! Lo que yo no me explico, por más que me devano los sesos, es para qué se habrá llevado la canastilla sin la imagen... Nada, nada; ni debo ni quiero seguir aguantándolo, y pues no se enmienda, vaya bendito de Dios. Del arroyo lo recogí y al arroyo lo devuelvo. Basta de sofocones y quebraderos de cabeza; no es ya mi edad para bregar con chicos revoltosos, y aunque me duela... porque me duele abandonar á esa pobre criatura, en cuanto le eche la vista encima lo pongo de patitas en la calle y *pax Christi*.

Cuando, de vuelta de su excursión, el monago dejaba la canastilla en la sacristía, procurando pasar inadvertido, el sacristán, que estaba en acecho, cayó sobre él como gato sobre ratón, y le dijo con sorna:

—¡Ya me figuraba yo que hoy no estabas en tus cabales! Anda, que el señor cura te espera en su casa, y bien puedes ir encomendándote á las ánimas benditas, que así y todo no te arriendo la ganancia, según lo enfurecido que está su merced.

Recibióle el padre Perfecto en actitud severa, si bien le dejó dar disculpas y descargos que no iban cayendo en saco roto, ni mucho menos, puesto que con tono que nada tenía de furioso, después de bien enterado del caso, se expresó de esta suerte:

—Loable es, sin duda, la empresa que has acometido y llevado á feliz término; loable y meritoria, y positivamente no ha de causar enojo al santo Niño, aunque su capilla quede este mes sin recursos y, por tanto, á obscuras

—No ocurrirá tal cosa mientras siga yo cobrando las tres pesetas mensuales que su merced me asignó y no me falten propinas en bodas y bautizos! Quiere decir, que si ahora vivo como un Príncipe de Asturias, pues por ese dinero la tía Bonosa me permite dormir en el hueco de su escalera y al medio día catar su olla, mudaré de domicilio para hacer economías, y desde luego su merced puede contar con las tres pesetas, amén de lo que vaya cayendo. Cera no ha de faltar por mí á la sagrada imagen.

—Y entonces, ¿de qué ibas á vivir tú, alma de Dios?

—¿De qué?... Pues de lo que viven los pajarillos del

campo, que «ni siembran, ni siegan ni allegan sus alfolíes». El Padre celestial provee á los suyos.

El sacerdote, sin pronunciar palabra, se quedó mirando al chico, y luego llamó á su sobrina, una pelirrubia diminuta y de aspecto juvenil, no obstante pasar de cuarenta y cinco abriles, á la cual dijo cuando solícita apareció en el umbral de la puerta:

—Mira, María Rosa, muchas veces oigo que te quejas de que habiendo tanto infeliz sin casa ni hogar en este mundo, tengamos nosotros de sobra la sala de arriba, un cuarto tan blanquendito y lleno de luz. Pues ¿sabes? ya le hallé inquilino: mi acólito (que desde hoy deja de serlo, pues quiero que se dedique exclusivamente á sus estudios), va á ocuparlo, y así, ni tú tendrás comezón ni él andará por esas calles como bala perdida.

María Rosa miró afable al exmonago, y esa llama bendita que enciende el alma buena en amor al prójimo iluminó con purísimos destellos la simpática figura de la solterona.

El cura agregó, encarándose con el muchacho:

—Ya has oído; todo se reduce á que en vez de catar la olla de la tía Bonosa cates la nuestra..., y llámale hache, pues ninguna de las dos cuece pechugas.

Jorge no acertaba á desplegar sus labios, tan impresionado hallábase: pero sus ojos mostraron tanto agradecimiento y cariño al sacerdote, que éste, acaso por disimular la viva emoción que sensaciones tan tiernas le producían, exclamó en tono alegre:

—Conque á aplicarte, hijo mío, no sólo por ti, sino por las obligaciones que te has echado encima, y que por el pronto yo tomo á mi cargo.

Entonces el rapaz cayó de rodillas ante el buen cura, le cogió una mano y, después de imprimir en ella muchos besos, todos muy sonoros y salidos del alma, balbució entre lloroso y risueño:

—Sí, señor; su merced toma á su cargo al huerfanito... y á mí me protege... y á todos nos ampara... y así, así cae á su merced tan de perlas que le llamen el «padre Perfecto».

X

Dicen que doña Curra al saber lo acaecido, del sofocón tuvo que propinarse media docena de sanguijuelas, y que las cisuras se le enconaron, porque no era sangre, sino veneno, lo que por ellas brotaba. Lo cierto es que no volvió á confesar con el generoso protector de Chirigota ni á oir las misas ni los sermones que el buen señor decía.

En cuanto á seguir sus consejos y mandamientos... ella, como buena fanática, no había seguido nunca sino los del egoísmo y la soberbia.

Pero como en este mundo hay un infierno para los espíritus ruines, y las penas de este infierno consisten en la contemplación de la dicha ajena, desde tan mísero lugar vió al exmonaguillo sobresalir notablemente en la Academia sevillana, y pensionado por el Ayuntamiento ir luego á Roma á completar sus estudios pictóricos.

Cuatro años lleva el animoso joven en la ciudad del Tíber, y muy pronto regresará á la del Guadalquivir, para gloria de su patria y alegría de Araceli, quien al lado de María Rosa aprende hoy todo lo que no podía enseñarle la buena Amparo y debe saber la futura esposa de un hombre distinguido.

En tanto, Jorgín, hermoso como un ángel y travieso como él solo, corre á cada momento de la casa del cura á la de Amparo y de la de Amparo á la del cura, creciendo feliz entre aquellos dos hogares, casi tan pobre el uno como el otro, pero ambos caldeados por el amor, que une las almas, y la caridad, que las engrandece.

Curiosidades.

El tabaco.—Como complemento del *gran menú* de los pueblos civilizados, veamos el consumo anual del tabaco por habitante, en gramos. El tabaco es el producto del Nuevo Mundo que más se ha difundido en el antiguo continente.

Los poetas orientales llaman al tabaco, al café, al opio y al vino los cuatro elementos del mundo de los placeres, las cuatro almohadas del sofá de los deleites, las cuatro columnas de la tienda del Paraíso.

Individualmente considerado como fumador, el belga tiene superioridad sobre todos, por cuanto consume cerca de 3 kilos de tabaco por año, siguiéndole el norteamericano, el holandés, el español y el suizo. El alemán, que suele estar representado con una enorme pipa en la boca, sólo consume 1.550 gramos, y el inglés, que todo el mundo cree gran fumador, está contento con 885 gramos.

¿Quiénes comen mejor?—Difícil es la respuesta, porque no es lo mismo comer mucho de una cosa que comer bien. La carne y el vino, que se diputan como alimentos principales, no son tan necesarios como parece. Ni una ni otro son indispensables para la vida.

Con un gramo de carne se producen 3 y pico calorías, mientras que un gramo de grasa proporciona más del doble, es decir, 8,4, y un gramo de patatas, 3,8. (Una *caloría* es la cantidad de calor necesaria para elevar un grado de temperatura un kilo de agua.)

Nuestros músculos elaboran un trabajo del consumo de grasas y azúcares: nuestro cuerpo convierte en azúcar el pan, las patatas y en general las legumbres y frutas. La pequeña cantidad de albúmina que necesitamos se puede obtener de los huevos, del queso y de la leche.

Ciertas legumbres, como las habas, tienen casi tanto ázoe como las carnes: 450 gramos de espárragos de Aranjuez, los *pericos* que vocean en Madrid, equivalen en poder alimenticio á 100 gramos de carne fresca de vaca, aparte de las propiedades depurativas y refrescantes de aquellas legumbres.

Sabido es también que el arroz constituye la base de la alimentación de millones de seres humanos, que pasan perfectamente con él: indios, chinos, japoneses y otros orientales.

El bailarín de corcho. Un tapón de botella, de los más corrientes, un palillo de los que se usan para la dentadura, una miga de pan del tamaño de un guisante, una vulgar horquilla de señora, un pedacito de papel y cuatro cerdas cortas y gruesas, que bien pueden cogerse de cualquier cepillo, es todo lo que se necesita para este entretenimiento, muy propio para sobremesa.

Se atraviesa el tapón, de arriba á abajo, con la horquilla, de modo que las puntas de ésta aparezcan juntas por la parte superior. Estas puntas han de formar el cuello del bailarín, y en ellas se clava la miga de pan, á la cual, apretándola entre los dedos, se le habrá dado previamente una figura lo más parecida posible á una cabeza humana.

La curva de la horquilla debe sobresalir por abajo, formando un medio anillo. Se recortan del papel unas piernas unidas por su parte superior, y se cuelgan de este medio anillo, lo bastante flojas para que se agiten al menor movimiento del tapón. Cortando el palillo en dos mitades y clavándolas á uno y otro lado del corcho, quedan hechos los brazos del hombrecillo, y con esto sólo falta ya el mecanismo que le ha de hacer bailar. Este consiste sencillamente en las cuatro cerdas de cepillo, insertas en la cara inferior del tapón como las cuatro patas de una mesa y bien igualadas en longitud, de modo que las piernecillas de papel del monigote no toquen al suelo.

Póngase al bailarín sobre la mesa, y tecleteando en el tablero de ésta, se le verá ir, venir, brincar y hacer, en fin, las más singulares evoluciones. Nada tan curioso ni tan divertido como media docena de estos hombrecillos moviéndose á compás.

No es necesario advertir que el muñeco tendrá mejor aspecto si se prepara con tiempo, pintándole de manera que parezca que va vestido.

La abolición de la pena de muerte.

Desde hace semanas discute la Cámara francesa de diputados un proyecto de ley aboliendo la pena de muerte. Dicho proyecto es obra ministerial. y M. Falliéres vería su aprobación con alegría suma.

El presidente de la vecina República es un convencido en la materia.

Invariablemente, perdona á todos los condenados á la guillotina, aunque sean tan repugnantes como Soleilland, el asesino de la niña Marta Eberling Sin duda, sus primeras ideas á este respecto brotaron con la lectura de la narración de Hugo, *Ultimo día de un condenado á muerte.*

Seguimos con interés el curso de los debates parlamentarios, suscitados por la presentación de dicho proyecto de ley, y hemos de confesar que los oradores no han salido, hasta ahora, de la vulgaridad y de los argumentos de poca substancia. Ni Deschanel consiguió elevar la discusión, en la que, por otra parte, nadie pone sino un interés mediocre

Los socialistas, obligados á votar por la abolición, que tienen inscrita en su programa mínimo, recurren en sus discursos al tópico humanitario. Dicen que la sociedad no da la vida, y no tiene derecho á quitarla, que todos somos responsables del crimen de uno solo, etc., etc. Son teorías cuyo fundamento no discutimos; pero que se hallan gastadísimas.

Por otra parte, los que quieren siga triunfando la guillotina en los patios de las cárceles, ya que no en la plaza de la Greve, esgrimen, como razón suprema, el sabido: «¡Comenzad vosotros, señores asesinos!», de Alfonso Karr. Tampoco están en lo firme, á nuestro entender modesto

La verdad es que la mayoría de los Jurados de Francia se oponen á la abolición, por creer que la ejemplaridad de las ejecuciones puede refrenar, de algún modo, los instintos sanguinarios de los apaches.

¡La ejemplaridad! He aquí el argumento Aquiles de los que defienden el *statu quo*. Dicen que en cinco años, los delitos merecedores de la pena de muerte han aumentado en un 30 por 100. Y atribuyen la culpa á la lenidad con que Loubet y Falliéres proceden á este respecto.

Algo hay de verdad en ello No hace muchos días, un tal Leblanc, que asesinó á un anciano en el tren, á martillazos, para robarle la cartera. dijo á un periodista: «Sé lo que me espera Iré á La Guyana ó á Noumea, y como soy instruído y cuando quiero me porto bien, antes de dos años me emplearán en la administración de a colonia. Ocho años después, me darán una concesión, y volveré á comenzar mi vida, que será más feliz, sin duda, que la que llevo en Francia »

Esta perspectiva no es para aterrar á ningún asesino. Y, por otra parte, las evasiones son fáciles en los presidios franceses De La Guyana se salta con facilidad á cualquiera República de la América del Sur. De la Nueva Caledonia, á Australia ó Nueva Zelanda. Todos los días ocurre, á pesar de la vigilancia establecida.

¿Tendrán razón, completa razón, los que dicen que, sin guillotina, llegará un día en que en Francia sólo podrán vivir los apaches? En 1891, fueron cometidos en la nación vecina 795 delitos de sangre En 1907, 1.334, es decir, «casi el doble en seis años». Estas cifras dan mucho que pensar, con toda evidencia.

En Italia y Bélgica, dicen los partidarios de la abolición, no hay pena de muerte, y no por eso aumentan los crímenes Sí Pero en la primera de dichas naciones existe la «reclusión perpetua», en calabozos parecidos á «in paces», y en la segunda, el «ergastuolo», que viene á ser lo mismo. Es mucho más cruel, seguramente, condenar á un hombre á morir poco á poco en la soledad de un antro húmedo y sin luz, lejos de toda presencia humana, que quitarle la vida, casi sin que sufra físicamente, y con sólo la tortura moral de unas horas de capilla

El gran criminalista Rossi ha dicho en uno de sus libros: «La pena de muerte es un medio extremo de administrar justicia, que no debe ser usado sino con la mayor reserva Es preciso, no obstante, hacer compatible la abolición del cadalso con la seguridad pública y privada.»

Este es el problema. ¿Tiene Francia la suficiente confianza en su estado social para desarmar á Themis, privándola de su arma más temible?

Casi unánimes, los Jurados de los departamentos contestan que no.

De todos modos, la cuestión es complicadísima, y la ejemplaridad de la guillotina no es fácil contenga á los apaches. La conciencia francesa sufre una crisis muy honda, y tal estado de perturbación moral se manifiesta por un aumento de los delitos En todas las épocas de la historia en que se han consumado evoluciones parecidas, ha ocurrido lo propio.

Jurado femenino

En París funciona, desde hace algunos meses, un Jurado femenino que entiende en todas las causas célebres. Claro es que sus fallos no encarnan en el hecho vivo; pero no por eso deja de ser interesante.

Lo forman una docena de conocidas feministas, escritoras, poetisas y damas del gran mundo. Partidarias de que el sexo bello intervenga en las vistas de las causas y, al igual del fuerte, comparta con la magistratura el privilegio de juzgar á los delincuentes, se vengan de su ostracismo examinando los procesos que valen la pena, y publicando sentencias, precedidas de considerandos graves

Y resulta una cosa peregrina: el Jurado femenil es más severo que el masculino.

La pena de muerte castiga, en sus fallos, culpas que el Tribunal popular estimó dignas del presidio tan sólo. En los casos en que el acusado fué absuelto, las damas juzgadoras le condenaron á varios años de reclusión. Allí donde fueron reconocidas diversas atenuantes, la justicia femenina rechazólas para los efectos del fallo.

¡Y luego dirán que la piedad y la blandura son patrimonio del sexo enemigo que tanto amamos! Ese Jurado singular demuestra lo contrario de modo incuestionable.

Sin embargo, no hay que proceder de ligero, como seguramente hacen las feministas de quienes me ocupo; en primer lugar, aunque los jueces con faldas no convengan en ello, no es lo mismo condenar á un reo, sabiendo que será cumplida la sentencia, que pronunciar ésta dentro del más inofensivo platonismo La responsabilidad moral, efectiva en el primer caso, es nula en el segundo. Los jurados populares que envían á la guillotina ó al presidio á un criminal no dormirán tranquilos sin la seguridad de que, en pura justicia, procedieron con la benevolencia posible. Esas damas que, tras largo debate, publican en *La Fronde* ó cualquier otro diario por el estilo un fallo condenatorio, no tienen luego remordimientos de conciencia. El acusado que juzgaran no las deberá un día más de cárcel.

¡Señales de los tiempos!

Estas parodias, que tanto se prestan á la sátira, son prolegómenos de lo que ha de venir. Ya hay mujeres abogados. En Inglaterra, no ha muchos días, fué elegida alcalde—ó alcaldesa—una respetable dama, ducha en municipales achaques, y en Yanquilandia hay jueces de paz que deberían llamarse *juezas*, porque son mujeres.

No riamos, pues, ante los fallos del Jurado femenino parisiense Las que los dictan saben adornarlos con todos los textos legales pertinentes. Esgrimen el Código como el abanico una andaluza de Sevilla, y no ha habido, hasta ahora, jurisconsulto capaz de señalar en ellos una falta grave.

Algún día los Jurados serán mixtos, y los delincuentes, que tal vez matarán por causa de una mujer, en manos tendrán de alguna linda representante del sexo bello su destino futuro.

En París ha sido condenado recientemente, por robo, un sujeto que se había ya librado tres veces de ir á presidio fingiéndose loco, cosa que hacía á las mil maravillas.

MISTERIOS DE LA INQUISICIÓN

Estremecido el auditorio, porque comprendía el peligro del valor, y con todo electrizado por las palabras del apóstol, movido á respeto, á entusiasmo y á gratitud, nadie había en la asamblea que no tuviese por qué bendecir á Juan de Avila, y todos aguardaban con profunda ansiedad el resultado de esta sesión.

Nadie osaba hablar ni comunicarse sus pensamientos; pero más de uno, en este atento gentío, estaba bajo la impresión del mismo sentimiento: un deseo simultáneo de salvar á su santo predicador animaba á todos los corazones.

Pedro Arbués comprendió que con un dialéctico como Juan de Avila el triunfo era imposible, y sin llevar más adelante la discusión, hizo una seña al escribano que había escrito todas las respuestas del apóstol. Entregóselas el escribano; su eminencia las leyó de nuevo, como para excitarse aún á castigar semejante audacia, y á cada frase sus cejas se contraían más; una negra tempestad de odio se agrupaba en su ancha y sombría frente, terrible página en que el observador podía leer tantas cosas siniestras.

Cuando hubo acabado, tomó el registro en que estaban consignadas las declaraciones, y después de haber leído algunas líneas, dijo:

—Las declaraciones de los testigos están perfectamente conformes con las respuestas del acusado. Los testigos que han firmado en el libro están todos acordes entre sí, todos han igualmente afirmado que el sacerdote Juan, apellidado Juan de Avila, fraile predicador de la Orden de los carmelitas descalzos, no solamente ha comunicado frecuentemente con herejes, judíos ó moriscos, sino también que en los sermones ha sentado proposiciones contrarias á la fe católica; y debemos atenernos á la declaración de esos testigos, puesto que sobre los Evangelios han jurado decir la verdad. Siguiendo, pues, las leyes de la santísima Inquisición, nos vemos precisados á condenar al sacerdote Juan á las penas indicadas por nuestras santísimas leyes inquisitoriales, á no ser que el acusado, durante esta sesión, pueda probar por doce testigos de defensa que ha sido falsamente acusado.

Pronunciando estas palabras, el inquisidor dirigió la vista al banco en que estaba Juan de Avila, quien sin hacer el menor movimiento, había escuchado cual si se tratara de otro; pero un gran murmullo se había levantado repentinamente en la Asamblea, y el banco de los testigos, poco antes vacío, había sido invadido por los más notables hidalgos presentes en esta sesión, que todos se disputaban á porfía la gloria de exponer la vida por su querido apóstol.

Cuantos eran los hombres de la sala, otros tantos eran los testigos para declarar á favor de Juan de Avila, quien al verles exponerse á la muerte, ó á penas muy severas, miróles dulce y paternalmente y les indicó con la mano que se retirasen.

Al ver este amor universal, su emoción era tan grande, que no tuvo fuerza para hablar. Dos lágrimas deliciosas, dos lágrimas de una inefable y celeste beatitud, cayeron de sus ojos tranquilos, que jamás se habían conmovido sino por los sufrimientos de los otros.

—¡Es inocente! ¡es inocente! —exclmaron á la vez estos hombres entusiasmados

—Nos ha alimentado cuando teníamos hambre.

—Nos consoló cuando llorábamos.

—Ha calmado nuestras querellas y vuelto la paz á nuestras familias.

—Ha bendecido á los jóvenes que se amaban, y reconciliado á los esposos desunidos.

—Es la gloria y la felicidad de Andalucía.

Esto fué como un inmenso concierto de bendiciones, un viva general, más fuerte que el temor que inspiraba la Inquisición, fué un acto espontáneo é irresistible. Esos hombres parecían obedecer á una voz celeste que los impulsaba invenciblemente, despreciando su propio peligro, en defensa de tan noble causa.

Al ver esta manifestación general, el feroz Arbués se sintió atacado por una vertiginosa idea de odio, creyó que á fuerza de audacia y de firmeza podría imponer á ese pueblo lanzado en defensa de una causa tan santa; ignoraba que el pueblo es tan entusiasta por los objetos de su culto como feroz é inexorable con los que le han ofendido, y que su cólera se asemeja á la de las olas, que abisma á los que intentan resistirlas.

Decidido á luchar á fuerza abierta, Pedro Arbués despreció esta manifestación general y sagrada; y sin embargo, aquel era el momento de reconocer la verdad de este adagio:

«La voz del pueblo es la voz de Dios». Mas esto nada le importaba á Pedro Arbués.

Las personas que habían podido colocarse en el banco de los testigos estaban allí en pie, pidiendo á voz en grito que se les oyese su declaración. El inquisidor no hizo caso; con todo, no atreviéndose á sentenciar públicamente después de haber rehusado oir á los testigos, valióse de su subterfugio ordinario, y volviéndose hacia los esbirros colocados á su derecha, les dijo:

—Se suspende la sesión; que conduzcan al acusado á la cárcel.

El pueblo había comprendido lo que quería decir esto.

Un grito general se levantó en la asamblea, y numerosas voces ardientes y obstinadas exclamaron á la vez:

—¡Los testigos, los testigos! ¡que se oiga á los testigos!

—¡Que hagan evacuar la sala! —exclamó Pedro Arbués levantándose para salir.

Juan de Avila se levantó como para seguir á los esbirros, y dirigiéndose al pueblo, le dijo con amabilidad:

—Calmaos, amigos míos, calmaos; estad seguros de que me harán justicia.

Hablando así, el apóstol fijó su mirada hacia el fondo de la sala, como si hubiese aguardado á alguien, pero nadie llegaba.

Juan de Avila dirigió la vista al cielo y murmuró con grande resignación:

—¡Cúmplase la voluntad de Dios!

El pueblo continuaba murmurando, y algunos, inaudita audacia en aquella época y en semejante lugar, algunos osaron traspasar la barrera que los separaba del acusado. Allí se arrojaron de rodillas delante del que ellos llamaban su padre, besaron sus manos y su hábito, no con la humildad del fanatismo, sino con una veneración enteramente filial, con aquel profundo respeto que la verdadera virtud obtiene sin pedirlo y que sólo por miedo se concede al crimen.

La escena amenazaba hacerse borrascosa; pero la Inquisición era prudente y preventiva.

En algunos momentos, una triple hilera de esbirros armados y de arqueros de la Santa Hermandad se había extendido como una larga serpiente alrededor del pueblo aglomerado en la sala, de suerte que aquellos intrépidos se encontraron repentinamente envueltos, sin que ninguno de ellos hubiera podido salir vivo de aquel recinto, si tal hubiese sido la voluntad del inquisidor.

Hacíase inevitable una gran pelea, porque ese pueblo ardiente é intrépido no se hubiese dejado inmolar sin resistencia.

Juan de Avila, que todo lo veía con un solo golpe de vista, experimentó una santa indignación, y en aquel momento le pesó el amor que inspiraba, porque el peligro de esta valiente y leal población le conmovió más que el suyo propio.

Pedro Arbués, en pie detrás de su asiento, paseó alrededor de la sala la complaciente mirada del cazador, cuando ve el león preso en el lazo tendido.

Sólo el pueblo no había apercibido nada.

Fué una felicidad para el Santo Oficio que la preocupación en que estaba sumergido le distrajera hasta ese punto de sí mismo. Es verdad que la Inquisición disponía de una fuerza armada; ¿pero de qué sirve ésta ante un pueblo valiente puesto al último extremo, y exasperado por años de opresión y de miseria?

(Continuará.)

A los lectores

En el número próximo, correspondiente al 15 de enero, empezaremos la publicación de un interesante trabajo, relacionado con los bandidos de antaño.

Los abrasadores,

que así se titula la historia, contiene hechos realizados por aquellos famosos bandidos franceses de antaño y que ahora parece quieren resucitar los apaches de París.

Los abrasadores

tiene también en sus páginas el modo de vivir aquellos bandoleros, las famosas organizaciones, sus costumbres, casamientos, etc.

Tenemos la seguridad de que

Los abrasadores,

cuyo interés no decae un momento, será del agrado de nuestros lectores, y con objeto de que su lectura no resulte muy pesada, procuraremos terminar en el más breve plazo posible.

Rentista asesinada

En Vendenhein (Strasburgo) se ha cometido un horrible asesinato en la noche del 16 de noviembre.

La viuda Riehl, anciana rentista, que vivía sola, ha sido encontrada en su dormitorio con el cráneo destrozado. Los asesinos la habían amarrado los pies y las manos. El suelo estaba lleno de sangre.

Los armarios estaban descerrajados, habiendo desaparecido una suma de 4.500 francos.

Se ha ofrecido una prima de 1.000 marcos al policía que descubra á los criminales.

Venganza de un marido.

En Clermont-l'Herault (Montpellier), ha sido detenido Julio Thary, de cincuenta y cuatro años, que ha matado de un disparo de fusil á un tal Juan Pelissier, de cincuenta y seis, que hacía ocho meses había huído con la esposa del primero.

Resulta que Thary había premeditado su crimen. Pelissier estaba sentado en la terraza de un café en unión de dos mujeres y de un jóven, y entonces Thary, sin que diera tiempo á que su rival pudiera defenderse ni las demás personas intervenir, disparó el arma, causándole la muerte instantáneamente.

Al ser detenido dijo:

—He matado á Pelissier para vengar el honor de mis hijos.

Advertencia

Rogamos á nuestros suscriptores, para evitar trastornos á la Administración del periódico, tengan en cuenta:

1.° Que el tiempo mínimo de suscripción es de tres meses.

2.° Que la suscripción se considerará contínua indefinidamente, en tanto no se reciba aviso del suscriptor en contrario.

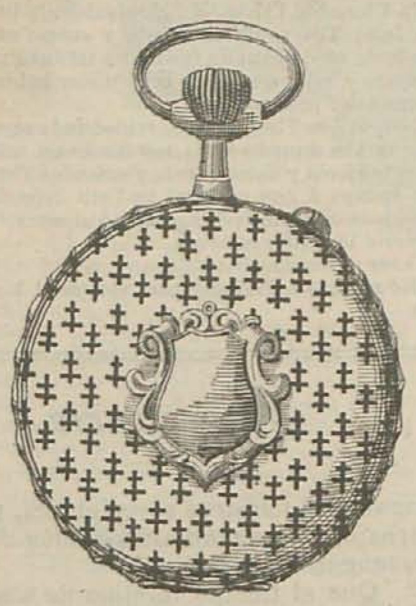
3.° Que los avisos de baja han de darse necesariamente **con quince días de anticipación** á la fecha en que termina la suscripción.

Dirigid la correspondencia á las oficinas del **Museo Criminal:** San Mateo, núm. 11 duplicado, bajo. Apartado de correos número 445.

Siempre que se escriba con alguna reclamación, debe acompañarse una faja del periódico.

Gran Relojería de París.

LUIS THIERRY, Fuencarral, 59.—Madrid.



Vista del dorso.—Es de una tapa.

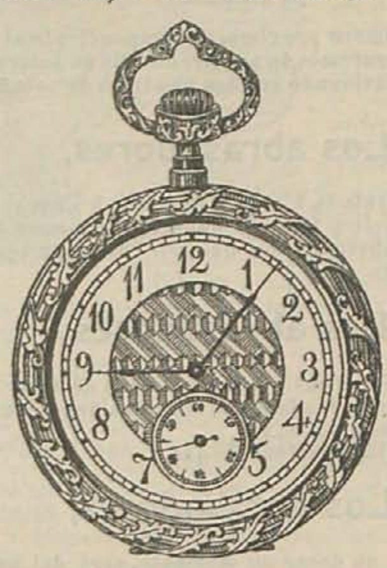
El cronómetro militar.

Caja de metal blanco verdadero, con incrustación *nielle*, esmalte fuerte, tan fuerte, que se considera eterno. Tiene en su centro un escudo aplicación, chapeado oro, sobre el cual se puede *(al gusto del cliente)*, grabar sus iniciales.

Es de máquina muy fuerte, de las más fuertes conocidas hasta hoy, de áncora, escape Roskopf, montado sobre rubíes. Cuerda de salto, es decir, el verdadero reloj del trabajador. Su precio extraordinariamente barato: **20 pesetas.**

NOTA.—Se fabrica en diferentes dibujos.—Este reloj se envía certificado con aumento de 1,50 por franqueo.

En 6 plazos mensuales.

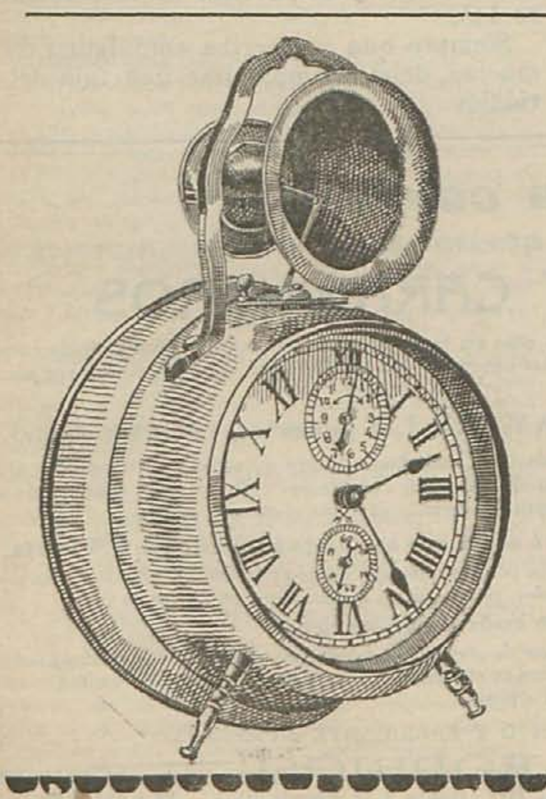


El Precioso

El conocido industrial Sr. Thierry presenta hoy su nuevo reloj, que seguramente va á obtener en los anales del Arte de la Relojería el nuevo triunfo, por su precio increíble en su baratura.

Dicho reloj es de forma plana, casi del canto de un duro, de metal simil-oro, con la tapa completamente esmaltada, con incrustaciones artísticas, también esmaltadas, corona de remontoir chapeada oro, asa Renacimiento, magnífica, esfera rica de metal dorada, máquina garantizada.—Se hacen con distintos dibujos.

Su precio es de 30 pesetas, pagaderas en 5 ó 6 plazos



El fono-timbre.

Despertador de áncora, caja de metal bronceado; el único á propósito para despertar desde grandes distancias del más profundo sueño.

¡Imposible faltar á la hora del deber! La bocina bronceada que lleva en la parte superior, adorna su figura y reproduce el eco producido por enérgico tintineo de un martillo, haciendo un sonido diferente al de todos los conocidos, vigoroso y en exceso prolongado.

Tiene la máquina tan afinada, que marcha en todas las posiciones, con treinta horas de cuerda.

El precio es de **15,50 pesetas.**

En 5 plazos mensuales.

Franco de porte y embalaje hasta la estación más cerca de su residencia.

Indicad la estación.

Advertencia.—Todos los relojes de la Casa van acompañados de su estuche con la marca LUIS THIERRY, quien los mandará certificados, con aumento de 1,50 los de caballero y una peseta los de señora. Los relojes de pared y sobremesa, van francos de porte y embalaje hasta la estación más próxima.—**No olvidad de indicar la estación, para evitar errores ó retraso en los pedidos. Los pedidos á L. Thierry, calle de Fuencarral, 59, Madrid. Apartado de Correos núm. 364.**

MADRID.—Imp. de R. Rojas, Campomanes, 8.—Teléfono 316